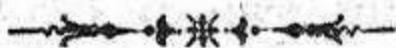




Boletín Oficial

DEL

Obispado de Osma.



Año LXII. 12 DE FEBRERO DE 1921. Núm. III.

EL PONTIFICIO Y REAL SEMINARIO ESPAÑOL
DE MISIONES EXTRANJERAS DE
BURGOS

SOBRE UNA PASTORAL DEL
EXCMO. Y RVDMO. SR. ARZOBISPO

Dr. D. Juan Benlloch y Vivó

Apenas promovido a la Sede Arzobispal de Burgos el Excmo. e Ilmo. Sr. D. Juan Benlloch y Vivó, recibía una Carta del Romano Pontífice Benedicto XV, felizmente reinante, en la que encomendaba al Excmo. Sr. Benlloch una misión delicadísima y de transcendental interés para las Misiones Católicas en las naciones infieles. Decía así la carta en sus párrafos más salientes:

«Es Nuestro deseo, que uno de los proyectos que con más entusiasmo acaricies, sea el procurar por cuantos medios estén a tu alcance que dentro de los muros de Burgos se formen aptos para el caso, jóve-

nes escogidos del Clero que se sientan llamados por Dios para evangelizar a los infieles, ya que guerra tan monstruosa y larga ha reducido a mermado número los pregoneros del Evangelio: vacío por otra parte que no pudiendo llenarse con los Colegios ya existentes de Propaganda Fide, reclama que surjan nuevas instituciones similares debidas a la generosidad de las naciones católicas. Y en este punto, no hay duda que no es nada decoroso el que España, cuyos pasados servicios apostólicos fueron de tanto relieve, olvidada ahora de sí, deje vencerse por ningún otro pueblo. Además de que providencia es singular de Dios el que encuentres ya en esa ciudad, Sede para tí tan honorífica, como principios de obra de esa índole, puesto que no desconoces cómo Gerardo Villota, sacerdote de santa memoria, en su afán de ayudar ora a las diócesis de la América latina, ora a las misiones de infieles, echó los felices cimientos (a más no llegaban sus modestos recursos) de un colegio que consta de dos secciones, la una para formar operarios que trabajen en diócesis constituídas y la otra para educación de misioneros. A tu destreza, pues, incumbe ahora cultivar con todo esmero y dar calor de tal suerte a esa como semilla, que palpablemente, bajo la influencia de la gracia de Dios, se la vea convertirse en árbol copulento del que puedan esperarse a su tiempo ubérrimos frutos. La autoridad de tu ejemplo servirá en gran manera de estímulo para despertar idénticas aspiraciones en otros: ni hay por qué dudar de que tratándose de la causa nobilísima de la expansión vital de la Iglesia, todos y en especial tus colegas del episcopado español querrán con cuantos medios puedan favorecerte en tu empresa».

* * *

*

La voz del Romano Pontífice no podía menos de encontrar un eco clamoroso en el corazón rebotante de apostólico celo del Sr. Benlloch, cuya actividad em-

prendedora, dice el Santo Padre, donde quiera que se presente ocasión propicia, trabaja a gloria de Dios y salvación de las almas.

Era, en efecto, el 3 de diciembre del pasado año, cuando tuvo ya la dicha de experimentar una de los más hondas satisfacciones de su vida.

El Pontificio y Real Seminario de Misiones Extranjeras acababa de inaugurarse en la «caput castellae», en la ciudad de Burgos, bajo los más felices auspicios del Papa de la Paz y de las Misiones, y de nuestro católico Monarca, el Rey del Sagrado Corazón, que en el Cerro de los Angeles hiciera los votos más fervientes para que Jesucristo, Rey, «alce su trono de amor, no solo en el centro de la península ibérica, sino que establezca el Reino de la paz en todas las almas redimidas por su sangre divina».

La presencia del Gobierno de S. M., representado por el Excmo. Sr. Ministro de Gracia y Justicia, y la del Excmo. e Ilmo. Sr. Nuncio Apostólico de S. S., junto con la asistencia del Ilmo. y Rvdmo. Sr. Obispo electo de Santander y la de dos Ilmos. Vicarios Apostólicos españoles, dieron al acto de la inauguración del Seminario de M. E. el carácter, dice el Sr. Benlloch, de acontecimiento religioso nacional de suma trascendencia. No es extraño, pues, que un Apóstol de la China, en cuyo pecho ardían los planes más grandiosos relacionados con la evangelización de aquellas apartadas regiones, exclamase ante los resplandores augustos de aquella solemnísimas fiesta: «¡Oh! esto es un sueño, no se ha hecho cosa igual en ninguna parte».

* * *

Arrancada del monte la insignificante piedrezuela, había que hacerla rodar al valle, para que creciendo sin cesar hasta ocupar toda la tierra, pudiesen alzarse sobre sus cumbres los que vivían en las sombras de la muerte, a contemplar la luz esplendorosa del Sol

de Justicia. Plantado el árbol, había que procurar que profundizase sus raíces y creciese robusto su tronco y extendiese lozanos sus tallos, a fin de que las aves dispersas de la gentilidad, no solo puedan colgar de sus ramos el nido de los divinos amores, sino saciar sus almas hambrientas de frutos ubérrimos de bendición y de gracia. Y ésto es lo que se propone el Excmo. Sr. Arzobispo de Burgos en su notabilísima Pastoral «Las Misiones Extranjeras».

No es tarea fácil seguir al D. Benlloch en su vuelo de águila por los dilatados campos de la más alta Teología misionera, ni es posible, dado el espacio de que disponemos, dar completo tan acabado trabajo, para que nuestros lectores puedan saborear éste maravilloso documento en toda su íntegra belleza. En él corren parejas la profundidad del pensamiento y la galanura de la frase, de tal suerte que, engarzadas las piedras preciosas de las verdades dogmáticas en el oro purísimo de la más brillante literatura, ha sabido el Sr. Benlloch formar un inestimable joyel de perlas donde se reflejan de maravillosa manera todos los cambiantes, todos los matices de la luz esplendorosa del Evangelio.

De una introducción y tres partes consta la Carta Pastoral, obra verdaderamente maestra, del Sr. Arzobispo de Burgos.

* * *

En el prólogo expone la ocasión que le ha movido a escribir su Pastoral, que no es otra que la de responder al honorífico encargo que el Santo Padre le confiara en la Carta, cuyos párrafos principales hemos transcrito antes, y los motivos en que funda sus esperanzas de que no han de sonar en el vacío sus acentos, tocando con suma delicadeza las dos fibras más sensibles del corazón español, la *caridad* y la *gratitud*.

Ecce. fratres, dice el Sr. Benlloch copiando a San

Agustín, *Gentes eramus etsi non in nobis, in parentibus nostris*. (1) Acordémonos de la España anterior a sus misioneros, de la España pagana, primero, arriana y priscilianista, después, antes de que, gracias a la labor de San Pablo, de Santiago, de San Leandro y San Martín de Braga hubiera merecido llamarse «*España Católica*»: de aquella España en que nuestros primogenitores adoraban las rocas, las fuentes, los árboles, el curso de las estrellas y los trivios con el culto de Neptuno; a las Lamias, a las Ninfas, etc., etc. Solo así, reconociendo que no somos más que una parte de la «*universa Ecclesia Gentium*, colectada hace siglos de pueblos bárbaros e idólatras, podremos sentir mejor la verdad persuasiva de los motivos de *caridad y gratitud* que, a fin de espolearnos a la cooperación misional, apunta en su *Carta Magna* de Misiones Su Santidad Benedicto XV. «*Ayudarles, escribe; (a los infieles) en cuanto esté en nuestra mano por medio de nuestro concurso misional a que salgan de esas tinieblas, además de cumplir en cuestión tan grave con un deber de caridad, es saber agradecer al Señor por muy acentable manera el beneficio de la Fé*». (2)

¡*Fidei beneficium!* Si, porque es gratuita, porque en nuestro suelo es la Fé colectiva y nacional; beneficio, porque supone en Nuestro Señor una predilección especialísima sobre España, ya que a esa Fé, debida a misioneros intrépidos y arriesgados que la amaron, vinculó el Señor un ambiente patrio de sublimidad, grandeza y heroísmo en el que habían de nacer, desarrollarse y sobresalir nuestros mayores y más profundos pensadores, nuestros más inspirados y geniales artistas en todos los órdenes de la estética, nuestros valientes y atrevidos conquistadores y descubridores, glorias nacionales muchos de ellos sin precedente en

(1) S. August. Enar. in. Ps. 65.

(2) Acta Ap. Sedis, 1919, pág. 451.

la historia, nuestros admirables Santos, enamorados incomparables de la persona de Jesucristo, nuestros católicos Reyes, árbitros de dos mundos y brazo derecho de la Iglesia, y, por fin, nuestro carácter nacional siempre religioso, heróico e invencible.

¿Por qué, pues, a fuer de agradecidos no hemos de querer transplantar a otros pueblos este gérmen fecundo de grandeza personal y nacional, que como transformó la España pagana y esclava en la España Católica y Señora, ha de regenerar, también, y elevar otras naciones hoy envueltas en las sombras de la muerte?»...

«Nosotros que llevamos esculpido en nuestras frentes el *maximum et sublime signum* de la redención universal ¿no querremos extender nuestra *gratitud* y nuestra *caridad* hasta donde Cristo extendió sus amantes brazos y el valor de su redención.?»

Entra luego el ilustre Sr. Arzobispo en el estudio de lo que constituye el fondo de su áurea Pastoral, exponiendo en la primera parte el problema de la gentilidad en relación con Jesucristo y la Iglesia, desarrollando los tres puntos capitales que han de tenerse a la vista para entender debidamente el problema teológico de las misiones: *El paganismo, la Iglesia y sus mutuas relaciones*.

San Pablo, el misionero más grande de la gentilidad, y el Aguila de Hispona, desentrañando las Epístolas de San Pablo, han prestado al Sr. Bonloch las tintas con que ha sabido trazar en toda su trágica grandeza el cuadro de la Humanidad alejada de la luz de Cristo, hecha juguete de las olas desbordantes del pecado que todo lo invaden y de las nubes tenebrosas del error que todo lo oscurecen.

«La humanidad degradada, sin más norte que su soberbia y su carne, huye de los brazos de Cristo, y Dios, en pena de su apostasía, la da por el gusto, abandonándola bajo la tiranía de su desenfreno; y allí,

arrebatada por las olas de ese *flumen tartareum* en frase de S. Agustín, lejos de Dios, principio de toda vida espiritual, en adelante será *muerte*; apartada de Dios, único manantial, sólo merecerá el nombre de *pecado*; y desordenada, por último, en todo su ser y sus actos respecto de su único fin verdadero, será sólo *error y mentira*.

Y S. Pablo y S. Agustín y toda la abundante mina de la literatura misional son la inagotable fuente de donde el genio fecundo del Dr. Benlloch extrae los más sutiles raciocinios y las más brillantes imágenes, para presentarnos a Jesucristo, como *punto de unión* entre la gentilidad y la Iglesia, piscina de regeneración y beso de reconciliación y de paz del mundo con Dios por medio de la Víctima adorable de la Cruz.

En la segunda parte traza magistralmente el mencionado documento pastoral, las dos fases de la Iglesia como *misionera doctrinal* y como *misionera práctica*.

La Iglesia, *católica de derecho*, porque había recibido de Cristo la misión de predicar el Evangelio a todas las gentes, adquiere la *Catolicidad de hecho* por medio de la difusión del cristianismo en todo el mundo.

«En cuatro grandes épocas, dice a este propósito el Excelentísimo Prelado, puede dividirse la historia estricta de las Misiones católicas. En la época de las persecuciones, o sea de los tres primeros siglos; llamada por antonomasia, y no sin razón, la Iglesia misionera, ya que en ella echó sus bases la gran «*Eclesia Gentium*»: en la época de las Misiones medio evales europeo-asiáticas; cuyo fruto principal fué la cristianización de la Europa bárbara, madre que había de ser de nuevos pueblos y nuevos rumbos político-sociales: en la época de las Misiones coloniales, que arranca con las expediciones marítimo orientales de Portugal, y los descubrimientos y conquistas, sobre todo, de España; cuyo efecto más considerable, fué el de obtener en cuatro siglos un nuevo mundo

cristiano: y por fin, y rayana ya con esta última, en la época de las Misiones modernas; en que la Iglesia, sin ayuda apenas de los Monarcas y de los Estados y sin marcado objetivo colonial, esparce a sus evangelizadores por toda la tierra, no dejando sin altar católico, tierras donde mano humana haya clavado su pobre choza. Las cuatro épocas juntas forman el panorama magnífico y sin ejemplo en la historia salvadora de la Humanidad.

La tercera parte trata muy extensamente del momento misional presente; y si en las dos anteriores se ha revelado el Teólogo profundo y el Historiador erudito, en ésta, habla el celo del Apóstol y el amor del padre que escucha enternecido aquel grito de dolor y de angustia que parece escaparse de los labios del mundo pagano envilecido: «Domine, volumus Jesum videre».

No podemos resistirnos a copiar las siguientes palabras del Excmo. Sr. Arzobispo, en las que, con la pluma mojada en llanto, nos describe toda la ternura y toda la conmiseración de que rebosa su corazón de padre en favor de tantos infelices.

«*Queremos ver a Jesús.* ¡Ah! el eco de tan dulce, a la par que apremiante demanda, resuena también en lo más íntimo de nuestro pecho desde el día feliz en el que el Sumo Pontífice nos indicó en oficial documento, mirásemos con predilección por esa empresa en favor de tantos infelices: ¿No habían, antes, esas mismas expresiones conmovido las fibras del Corazón de Jesús? Desde entonces, como en santa porfía, sentimos asaltan de continuo nuestra memoria y nuestros afectos, la idea y el amor del reino universal de Cristo con su cortejo de conquistadores y profecías universalistas y no hay ya, parábola del Señor con que tropiezan nuestros ojos, ni capítulos y divinas plumadas de San Pablo con que confortamos nuestro espíritu, ni página de la historia cristiana primitiva que des-

pierte nuestros recuerdos, ni hecho culminante de la historia conquistadora española que anime nuestros dos alientos; en los que, a la par que descubrimos la hermosura y fecundidad de la Iglesia, no percibamos el grito desgarrador, lleno de ansias de salud, con que el mundo pagano, como el tendido y maltrecho en el camino de Jericó (1) hiere a las puertas de la muerte, los oídos compasivos de Jesús, casi desde los umbrales mismos de la Iglesia».

¿No es Jesús el único Redentor, el único médico universal por el que los ciegos ven, los cojos andan, quedan limpios los leprosos, oyen los sordos, resucitan los muertos y a los pobrecitos se les anuncia el Evangelio? ¿Y quién, más ciego más leproso y más pecador que ellos? Grande enfermo y grande enfermedad aún la del Gentilismo de nuestros días, pero recordémonos que por eso acuden también hoy, como hace veinte siglos en busca de Jesús. «Magna enim gloria medici est, quando ex desperatione convalescit aegrotus (2).» He aquí, precisamente, la glorificación de Jesucristo; y por eso, a la hora de la conversión llama el mismo Jesucristo «la hora de su glorificación» (3) y esa hora, ha sonado ya en el reloj de la divina Providencia.

Señala luego el enemigo contra el que ha de luchar la Iglesia en su misión evangelizadora, describiendo los medios con que cuentan las sectas protestantes para su propaganda; las riquezas, el prestigio, la autoridad, personal numerosísimo, las grandes vías comerciales de naciones como Inglaterra y los Estados Unidos; y, teniendo a la vista datos minuciosos y detalladas estadísticas, examina los progresos de esas sectas que cuentan en la actualidad con 562.977 de los que llaman «Comunicantes» 708.959 bautizados y

(1) Luc. 10, 30-37.

(2) San Agustín, Enar. in ps, 47.

(3) Jo. 12, 23.

1.141.116 catecúmenos; habla de las instituciones, orfanotofios, hospitales, asilos de ciegos, sordo-mudos y leprosos, farmacias, escuelas, que sostienen con todo lujo; de los médicos y enfermeras espléndidamente retribuidos; de sus activísimas propagandas por medio de hojas y folletos en lo que emplean hasta 38 imprentas, merced a los réditos verdaderamente fabulosos—se aproximan a 10.000,000 de dólares—de que gozan esas asociaciones.

Ante este cuadro desgarrador no es maravilla que del pecho del venerable Prelado, abrasado por el celo de la salvación de las almas, brote este grito que suena a lamento y a compasión juntamente: «¿Qué son 12.377 Sacerdotes, 22.573 auxiliares suyos entre Hermanos y Hermanas, 25.591 escuelas y 31.516 capillas, como arrojan las estadísticas de Misiones, para después de sostener y dirigir más de 17.000.000 de fieles misionados y unos 2.000.000 de catecúmenos, tratar, además, de atraer al regazo de Jesús las tristísimas cifras de 10.000.000 de judíos, 220.000.000 de mahometanos, 800.000.000 de idólatras y paganos, y todo ello, por supuesto, sin contar los 300.000.000 de herejes y cismáticos que hay esparcidos por el mundo?».

Y sin embargo Dios lo que quiere; lo consignó expresamente Jesucristo en el *testamento*, por el que traspasaba su herencia a la Iglesia su legítima esposa.

«Tal vez, escribe con dolor el Sr. Arzobispo, los católicos españoles, lo olvidemos demasiado, reservándole intacto en el depósito de la fe; al paso que los protestantes, porfían por desposeernos de él, levantándose con sus derechos y sus glorias.

Pero; «no», dice San Agustín, en uno de sus arranques, impregnado en dulcísimo amor a la Iglesia católica y en oposición a las heréticas. (1) Es un hecho, que Cristo murió; es un hecho, que ese divino mercader mostró a todos el valor de su compra; es un he-

(1) Enar. in psal. 21.

cho, que el precio fué su propia sangre, y que, en su corazón, como en segurísima bolsa, llevaba nuestro pago. Mas «*percussus est lancea, fusus est saccus, et manavit pretium orbis terrarum*». ¡Dichosa lanzada, que al rasgar esa arca de infinitos tesoros, hizo brotara sobre la humanidad, entre efluvios de divinidad y nuevas auras vitales, el precio de todo el orbe de la tierra! ¿Qué dices a esto, hereje? exclama aquí el Santo Doctor. ¿No es esa sangre, acaso, el precio de toda la tierra? Pues entonces, «*Quem invasorem passus est Christus, ut perderet rem suam?*» ¿Qué mano sacrílega y furtiva, desposee a Cristo de lo que es su propiedad?

Venerables Sacerdotes y Queridos Hijos: y ¿no habrá contraído nuestra indiferencia alguna responsabilidad, en esa desapropiación sacrílega de la propiedad de Jesucristo? «Sí; se han de convertir a Jesucristo, prosigue en son de victoria el Santo Doctor, todos los confines de la tierra como expresamente lo vaticina el Salmista «*Si diceret, fines terrae, et non diceret universi fines terrae, dicere habebant*». Si el Salmo atestiguase la conversión de los confines del mundo, y no expresase y recalcase categóricamente *de todos los confines* de la tierra, aún estaba en la herejía recurrir a algún subterfugio; pero «*universi fines terrae, dixit, haeretice; universi, dixit*». Aquí, no hay réplica posible. ¡Todas las longitudes y latitudes del orbe, es el término profético; y todas ellas han de ser posesión de Jesucristo.

¡Ah! Y cuánta razón tiene el Santo enamorado, ante este sublimísimo programa del Reinado universal de Cristo, cuando prorrumpe en aquel valiente, a la vez que suavísimo «*scribamus illum (psalmum) in frontibus nostris*»; esculpamos a cincel, este salmo en nuestras frentes: «*cum illo procedamus*», avancemos siempre con él; ni jamás cesemos de tenerlo en nuestra boca; «*non quiescat lingua nostra; ista dicat.... Universi fines dixit, o haeretice*», y Nos exclamamos también: «*Universi*

dixit: Todo, todo el mundo ha de ser dominio de Jesucristo.

Y por si estos vaticinios, gloria de Jesucristo y gloria de los misioneros, aún no resuenan en algunos oídos, no cesa la Escritura de recalcarlos y de repetirnoslos, de suerte que, a fuerza de reiterarlos, hasta los «*surdos pulsant*» no haya oídos de sordo que los puedan desoir.

«*Creedme, hermanos, continúa de nuevo el Santo: me trae esta petulancia donatista en desoir tales vaticinios, tan acongojado: me excita de tal modo, la dureza y sordera asombrosa de su corazón, que haciéndome dudar, sospecho a las veces, si en sus Escrituras, no se hallarán estas profecías*». Amarga queja: aplicable también a nuestra dejadez misionera. La universidad es patentísima *Ecce codex ipse*. Ahí están las Escrituras; ahí la documentación divina. «*Contra illum certent*»: no luchan contra nosotros, que luchan contra las promesas y contra el testamento del mismo Dios.

Porque en efecto, Amadísimos Hijos: Interviene en este negocio trascendentalísimo la última manda, el último encargo, el postrer anhelo, el compendio testaral del mismo Jesucristo, sancionado y rubricado en su muerte, con la inmolación de El mismo, como hostia divina.

Estaba Jesús para partir del suelo; ya su divina misión se había concluido, y los Apóstoles aún indecisos, se agolpaban a su alrededor, pocos momentos antes de su Ascensión a los cielos, inquietos por saber la forma concreta, en la que había de cristalizar y organizarse el nuevo reinado de Israel; cuando Jesús, les anuncia e intima solemnemente y autoritativamente, a modo de última manifestación de su voluntad, como fundador que era de la Iglesia, dos cosas respecto de Dios; les afirma la garantía divina del éxito infalible del futuro Reino, asegurada por la asistencia de la virtud omnipotente del Espíritu Santo: y respecto de

los Apóstoles, les intima su labor universalista y la obligación de ser sus testigos desde la Judea y Jerusalén hasta los últimos límites del mundo.

Por medio del testamento suelen los padres traspasar, para después de su muerte, a su familia, los títulos, la dignidad, el nombre, los derechos y los bienes propios. ¿Qué nos testó a su vez Jesucristo en su última partida? «*Aperi, lege. . Id por todo el mundo y predicad el Evangelio a todas las naciones «et remissionem peccatorum in omnes gentes»* (1).

Fijémonos bien: «*Fecit testamentum*». Ahí está el testamento, a qué discutir, pues, si, la obra de la conversión del mundo, ha de dejarse a la invasión del proselitismo protestante, o a la moda naturalista del racionalismo imperante en las clases cultas de la sociedad actual? ¿Nos dejó, acaso, a sus hijos Jesucristo al partir al cielo, «abintestato»? «*Non intestatus mortuus est Pater, fecit testamentum*», protesta enérgico S. Agustín.

Cuando después de espirar el testador, y antes de abrirse el testamento, se excitan las rivalidades entre los pretendientes a la herencia, ¿qué se hace? pregunta el Santo Doctor. Al presentarse el original del testamento, entre la ansiedad y el silencio de todos, ábranse y leánse las actas testariales: a su lectura el juez sigue atento el recitado del documento; los abogados y notarios escuchan el recitado interesados y con la ley en la mano: todo el pueblo queda y permanece suspenso, hasta que se oiga la última voluntad «*mortui*» del que ya no existe; y entonces patentizada la verdad, todos se rinden a la decisión del difunto. ¿Solo al testamento de Cristo, a cuya firma en la Cruz, y a cuya apertura después, en la Ascensión, debieron quedar asombrados los ángeles y todos los siglos, se ha de contradecir? «*Sedet Christus in coelo, et contradicitur testamento eius?*».

Nos legó Jesús, como fruto de todo su precio. y

(1) Marc. 16, 15: y Luc. 24, 47.

objeto de su amor y de sus delicias divinas, el testamento más grande, rico, sublime, que ha visto, ni verán las edades; puesto que, no es otro que el traspaso a la Iglesia de su misma divina misión: y ¡ah! que mientras los protestantes nos lo quieren arrebatarse de las manos; y mientras el racionalismo nos lo quiere convertir en pavesas, como ridículo credencial de un anticuario iluso «*persecutores incendere volunt*»; que entre nosotros, los hijos de Jesucristo, haya aún, quienes olvidados del precio de la sangre de Cristo, de su encomienda final; y rehusando fijarse en la gloria que darían a Jesucristo, no solo los mil millones de infieles actuales, sino los miles y miles de millones de los hijos de éstos, «*et contradicitur testamento eius*» se opongan a la realización del testamento de Jesucristo?

Lágrimas de sangre merece tamaña inconsideración: «*Qui fecit testamentum, vivit in aeternum; audit voces nostras, agnoscit suam*». El sabe lo que dijo, y él oye lo que decimos sobre él. Abramos, abramos, Hijos míos, de nuevo llenos de amor, de respeto, de obediencia, de estupenda admiración la última expresión testarial de nuestro Padre: «*aperi testamentum*». ¿Qué dice?

Primero oye el del Padre Eterno para su Hijo: «*Pues eres mi hijo, a quien hoy he engendrado. Pídemelo a mí, y yo te daré en herencia todas las naciones, y serán ya posesión tuya, todos los últimos confines del mundo*»: ¡Divino ofrecimiento y divina posesión! Pero Cristo, por su parte, departiendo con nosotros su herencia, como Padre amantísimo, nos legará junto con su misión, este mismo eterno testamento. Hélo aquí «*Euntes in mundum universum, predicate Evangelium omni creaturae*». Sin exclusión de tierras, sin exclusión de límites, sin exclusión de mares, sin exclusión de la obra de la Redención, que esencialmente debe ser universalista, id y predicad mi Evangelio a todo el universo mundo.

Corremos estas dichosísimas palabras, con las mismas con que, a propósito parecido, como con broche de diamantes, da remate San Agustín a su lindísima enarración del Salmo 21: «*Contra tam apertam et manifeste demonstratam possessionem Christi non audiat verba calumniatoris. Quidquid contradicunt, homines dicunt: HNC AUTEM DEUS DICIT*».

«Vigoroso ha de ser por consiguiente el influjo misional de la futura Institución burgalesa.

Ha de corresponder a nuestra pasada historia colonial; ha de resarcir con la intensidad de su nueva actuación, el abandono último de nuestra patria, en punto tan capital de la vitalidad del Catolicismo: ha de aprovecharse de la doble oportunidad providencial que se le presenta, ya de hallar, una base de fundación establecida, ya también de proponerse su edificación material, en una Archidiócesis dilatada y religiosa: ha de ser la expresión genuina misional, no solo de Burgos, sino de toda España: ni solo de nuestro clero archidiocesano, sino de *todo el Clero español*: como obra en fin, a la que esperamos firmemente, mirarán como propia, no menos que Nos, **TODOS NUESTROS DIGNÍSIMOS COLEGAS EN EL EPISCOPADO ESPAÑOL.**

Hoy que vemos alzarse junto a nosotros seminarios y palacios episcopales, orgullo del arte y de la generosidad española: hoy que embellecen nuestras ciudades, magníficos hospitales, centros docentes ricamente dotados, espléndidas casas de beneficencia, templos, catedrales y monumentos religiosos, admiración de cuantos los visitan; ahora en que las Diputaciones, Universidades, Audiencias, Ayuntamientos y todas las manifestaciones artísticas de los grandes organismos de la Sociedad, rivalizan en la riqueza y munificencia aparatosa de sus edificios: en estos días en fin, en los que aun el esparcimiento y la diversión, cuando no el vicio, levantan y decoran primorosos y suntuosísimos palacios, museos, quintas, teatros, casinos...., sólo las

voces de los pobrecitos infieles, que acuden a Nuestro corazón paternal y a vuestro corazón de cristianos, han de quedar sin un gran palacio entre nosotros, sin un gran templo en que se ruegue por ellos, sin un gran Seminario misionero de caridad y de heroísmo?

¿Ningún magnate español, ningún título adinerado ningún espíritu noble a la usanza católica, ninguna dama rica o aristócrata, que naden en bienes de este mundo, ningún pudiente enamorado de Jesucristo, querrá llamarse «*padre y sostén y remedio y tutor de estos millones de pobrecitos esclavos del hambre, la miseria, (y lo que es peor), el alejamiento completo de Jesucristo?*»

.....

* *
*

Después de cuanto llevamos dicho, bien se comprenderá que de las preciosidades de detalle es imposible formarse cabal idea sin leer íntegra la maravillosa Pastoral del Excmo. Sr. Arzobispo de Burgos, que vivamente recomendamos a Nuestros amadísimos diocesanos.

Hacemos nuestras las merecidas alabanzas, y unimos nuestra voz, sincera y entusiasta, al concierto unánime de plácemes y felicitaciones a S. E. el Sr. Arzobispo de Burgos por su áurea Carta Pastoral. Por Nuestra parte, procuraremos responder a la cariñosa invitación que Nos hace, contribuyendo, en la medida de nuestras fuerzas al sostenimiento y desarrollo del *Pontificio y Real Seminario Español de Misiones Extranjeras* en el que están interesados por igual los deberes de la Religión y el honor de la Patria.

† MATEO, OBISPO DE OSMA.

